

POÉTICA E INNOVACIÓN  
EN LA ALEJANDRA DE LICOFRÓN: ΤΟ ΣΚΟΤΕΙΝΟΝ

JOSÉ ANTONIO CLÚA SERENA  
Universidad de Extremadura

**Resumen**

En este trabajo se traza un esbozo de un punto concreto de la poética de Licofrón de Calcis, verdadero manierismo trágico de época helenística: el tema de las *latebras Lycophronis atri* o subterfugios poéticos del oscuro Licofrón (Estacio, *Silu.* v 2, 157), tras un *status quaestionis* inicial. Asimismo, y en relación precisamente con este tema, se comparan, mediante el estudio de unos versos concretos, el arte verbal de Licofrón de Calcis con el de Euforión de Calcis, *poetae docti* helenísticos con un poética verosímelmente semejante.

*Palabras clave:* Poesía helenística, Licofrón, Euforión, subterfugios poéticos.

**Abstract**

This paper deals with a particular point in Lycophron's poetry, who was a true tragic mannerist during Hellenistic times: the issue of *Latebras Lycophronis atri* or poetic subterfuges in dark Lycophron (Staius, *Silu.* v 2, 157), following a first *status quaestionis*. Likewise, in relation to this topic, a contrastive analysis is provided on Lycophron's verbal art *vs.* Euphorion's, two *poetae docti* from Calcis exhibiting a truly similar poetry, given specific verses under study.

*Keywords:* Hellenistic poetry, Lycophron, Euphorion, poetic subterfuges.

1. En un trabajo reciente titulado *Lycophron: la condensation du sens, le comique et l'Alexandra*<sup>1</sup>, A. Hurst destaca que, por algunos rasgos relatados en su biografía, se debe situar a Licofrón «du côté du comique». A pesar de

---

<sup>1</sup> A. Hurst, «Lycophron: la condensation du sens, le comique et l'Alexandra», en *Le rire des anciens* (Actes du colloque international – Université de Rouen, École normale supérieure, 11-13 enero de 1995), París, 1998, págs. 177-187.

que, ciertamente, ya se había destacado en la *Alejandra* la aparición de elementos grotescos, de términos del léxico común, así como de caracterizaciones peyorativas de héroes y de gestas que nos hacen pensar en su cariz cómico, Hurst ahora se concentra en la propia biografía del poeta para resaltar que Licofrón es, en efecto, el autor de un tratado *περὶ κωμωδίας*, *Sobre la comedia*, y que, por otra parte, son conocidos sus célebres anagramas de Ptolomeo y de Arsinoe (Πτολεμαῖος, ἀπὸ μέλιτος ὕ'Αρσινόη, Ἴον Ἦρας). Pero va más allá, y superando los temores que suscitó a la crítica el buscar marcas de comicidad en la *Alejandra*, analiza escenas y desvela que el enigma, recurso licofroneo por excelencia, fue también profusamente utilizado en la escena cómica por poetas como Antífanos y Alexis. Pues bien, trabajos como el mencionado no hacen sino demostrar que el pensamiento estético-literario de Licofrón y, en concreto, lo obscuro y enigmático, ha sido y sigue siendo objeto de numerosas exégesis<sup>2</sup>, y no querría competir con ellas en las líneas que siguen.

A la exposición sinóptica de repeticiones, de préstamos lingüísticos y de antítesis/paralelismos me he referido recientemente en «*Lycophronea*»<sup>3</sup>. Trato allí, precisamente, de la vertiente cómica en medio de un estilo oracular y de la contraposición interna, en pocos versos de diferencia, a la hora de caracterizar al héroe Aquiles. Asimismo, analizo los pocos ejemplos de repeti-

<sup>2</sup> Por lo que respecta a los estudios más propiamente literarios, cabe destacar los de M.G. Ciani, «Scritto con mistero. Osservazioni sull' oscurità di Licofrone», *GIF*, xxv, 1973, págs. 132-148; J. Geffcken, «Zur Kenntniss Lykophrons», *Hermes*, xxvi, 1891, págs. 567-579; L. Mascialino, *Licofrón, poeta obscuro*, *EClás.*, i, 1944, págs. 111-139; *idem*, «Eneas y Roma en Licofrón y en Virgilio», *Helmantica*, xxii, 1982, págs. 401-405; St. Josifovic, «Lycophron», *RE*, Suppl. 11, München 1968, coll. 888-930; K. Ziegler, «Lykophron», *RE*, xiii, 1927, págs. 2316-2381; M. Fusillo, «L' *Alessandra* di Licofrone: racconto epico e discorso *dramatico*», *ASNSP*, s. III, vol. XIV, 2, 1984, págs. 495-525; F. Spiro, «Prolog und Epilog in Lykophrons *Alexandra*», *Hermes*, 23, 1888, págs. 194-201. Sobre las fuentes y el influjo homérico, cabe reseñar los trabajos de B. Pennacchietti, *Sulle fonti dell' *Alessandra* di Licofrone*, Catania, 1912, o el de G. Walter, *De Lycophrone Homeri imitatore*, Basilea, 1903. Sobre aspectos mitográficos y geografía mítica del sur de Italia, son decisivas las aportaciones de H. Gasse, *De Lycophrone mythographo*, Leipzig 1910; A. Bonnanno, «Licofrone e Malta», en «*φιλίας χάριν. Miscellanea di studi classici in onore di Eugenio Manni*, Roma 1980, i, págs. 271-276 e I.E.M. Edlung, «The Sacred Geography of Southern Italy in Lykophron's *Alexandra*», *Opuscola Romana*, xvi, 1987, págs. 43-49. Si se pretende abordar el tema —muy importante y sugerente en nuestro poema erudito— de su riqueza lexicográfica, hay que mencionar dos trabajos todavía importantes: I. Konze, *De dictione Lykophronis, Alexandrinae aetatis poetae*, Münster 1870 y M.G. Ciani, *Lexikon zu Lykophron*, Hildesheim 1975. Sobre el sentido de los versos 1435-1450, son sugerentes los artículos de A. Hurst, «Sur terre et sur mer: Lycophron, *Alexandra* 1435-1438», *Euphrosyne*, N.S., xvi, págs. 247-255, y el de G. Amiotti, «Lico di Reggio e l' *Alessandra* di Licofrone», *Athenaeum*, lx, 1982, págs. 452-460. También del mismo autor, «Alessandro Magno e il mito troiano in Licofrone e nella tradizione occidentale», en *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milán 1984, págs. 113-121, acerca de la figura mítica de Alejandro en la *Alejandra*.

<sup>3</sup> Cf. J.A. Clúa, «Lycophronea», en *Actas del x Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. I, Madrid, 2000, págs. 357-362.

ción al estilo homérico, evitando la literalidad, de modo que cabe enmarcarlas en el conocido principio de la *imitatio cum variatione*, según destacó magistralmente G. Giangrande en su «Arte allusiva and Alexandrian epic poetry»<sup>4</sup>.

El presente artículo recoge y amplifica algunas nociones y opiniones sobre la poética licofronea ya esbozadas en la «Introducción» de mi edición sobre la *Alejandra*<sup>5</sup>. En él, me limitaré a trazar un esbozo de algunos puntos concretos de su poética, verdadero manierismo trágico, reduciendo ésta a una cuestión fundamental, como es el tema de los «subterfugios poéticos del obscuro Licofrón», parafraseando a Estacio, y, por ende, a la comparación del arte verbal de Licofrón con el de Euforión, *poetae docti* helenísticos con una poética verosímilmente semejante.

2. Para empezar, soy de la opinión de que todo estudio sobre el estilo de Licofrón debe empezar resaltando que la frialdad preciosista de nuestro poeta en la exposición de los hechos fue resultado de la ausencia de *πάθος* y del carácter arcano de su poesía oscura y alejandrina. En efecto, la *Alejandra* de Licofrón fue considerada, desde Clemente de Alejandría (*Strom.* v 8,51), un verdadero escollo para los *philólogoi*. Así, la proliferación de juegos etimológicos, particularidades lingüísticas y de estilo muy barroquizantes, o la predilección por el *αἴτιον* y la digresión erudita, hicieron de esta obra una pieza de difícil intelección. Y es que, tal como apuntaba en las líneas introductorias, a finales del siglo I d.C., el poeta Estacio se refería a los *carmina Battiadae latebrasque Lycophronis atri*, «los poemas del hijo de Bato (Calímaco) y los subterfugios del obscuro Licofrón» (*Silu.* v 2,157). Y un siglo más tarde, el satírico Luciano comparaba la rareza y el fracaso literario de la *Alejandra* de Licofrón con el *Altar* de Dosíadas (esta pieza era un famoso *technopaígnion*). Asimismo, en un pasaje de su tratado *De la interpretación de los sueños* de Artemidoro (s. II d.C.), la *Alejandra* es considerada una mina de fábulas extrañas, como las *Elegías* de Partenio<sup>6</sup>.

Con todo, no siempre se ha destacado suficientemente que la clave de lectura de la *Alejandra* es su cariz enigmático. De ahí, pues, el denso lenguaje

<sup>4</sup> CQ, xvii, 1967, págs. 85-97.

<sup>5</sup> Cf. J.A. Clúa, *Licofron de Calcis. Alexandra*, Barcelona, F. Bernat Metge, 1996. Sobre las lecturas críticas adoptadas en dicha edición, cf. *idem*, «Notas críticas al texto de la *Alejandra* de Licofrón», *Emerita*, 65, 1997, págs. 57-63.

<sup>6</sup> Licofrón utilizó datos mitográficos y argumentales de Homero, de los *Cantos Ciprios* y de la *Telegonía* (ciclo épico), del ditrambo xxiii de Baquilides, del *Agamenón* de Esquilo, de la tragedia perdida *Alejandro* de Eurípides, de Herodoto (en el tema de la lucha sempiterna entre Europa y Asia), del rétor Licofrón (s. iv a.C.), de Mosquión (poeta trágico del siglo III a.C.), y también de los *Persas* de Timoteo de Mileto o, incluso, del prolijo Antímaco, quizá el *primus poeta doctus* (s. iv a.C.).

oracular y la alternancia de planos temporales que dejan entrever sus 1474 trímetros yámbicos<sup>7</sup>. En efecto, el poeta de Calcis hace una propuesta de reflexión, difícil y un tanto hermética sobre la forma de comunicación literaria. Y es que Licofrón presenta un experimento de vanguardia, avizorando el futuro, al componer una obra entera, de dimensiones parecidas a una tragedia, en un estilo oracular, metafórico. El mismo inicio del poema —*in medias res*— es ya un primer elemento de obscuridad: hasta el verso 19 no se alude a Príamo y de un modo poco explícito. Pero este cariz de obscuridad también se manifiesta en la exhortación dirigida a Príamo (al lector, en definitiva) para buscar un significado lineal, dentro de la obscuridad caótica que envuelve su composición, al tiempo que el recorrido del poeta se simboliza a través de la imagen del πτηνὸς δρομεύς («ágil corredor») (cf. *Alex.* 13-15 Clúa<sup>8</sup>):

ἐγὼ δ' ἄκραν βαλβίδα μηρίνου σχάσας  
 ἄνειμι λοξῶν ἐς διεξόδους ἐπῶν,  
 πρῶτην ἀράξας νύσσαν, ὡς πτηνὸς δρομεύς<sup>9</sup>.

En el artículo del léxico *Suda* relativo al poeta, se nos dice que Licofrón fue un «gramático y poeta trágico», miembro de la Pléyade de trágicos ale-

<sup>7</sup> Como otros *poetae docti* helenísticos, y dentro del clima abierto y cosmopolita de la Alejandría de los primeros Ptolomeos, Licofrón dedicó todas sus energías en una doble tarea: en primer lugar, en tener cuidado de su *Biblioteca*; en segundo lugar, en la búsqueda de nuevos caminos poéticos. Pues bien, por lo que se refiere a la primera *labor*, cabe decir que se le encomendó la reordenación del material cómico de la *Biblioteca*. Pero, fue, además, como decía, el primer autor histórico de anagramas, al tiempo que intentaba, conjuntamente con otros φιλόλογοι, la renovación de la dramaturgia, sistematizando, y catalogando el inmenso patrimonio heredado de este género.

<sup>8</sup> Cito a partir de mi edición: *Licòfron de Calcis. Alexandria, ...*, cit., pág. 47. La *Alejandra* ha sido editada también con traducción castellana por L. Mascialino en la colección *Alma Mater* (*Licofrón. Alejandra*, Barcelona, 1956) y, posteriormente, con ligeras modificaciones textuales, en la colección Teubner por el mismo autor (*Lycophronis Alexandria*, Leipzig, 1964). Otra destacable aportación en castellano es la traducción en alejandrinos, sin texto griego, a cargo de M. Fernández-Galiano (*Licofrón. Alejandra*, Madrid, 1987), en donde la acuidad filológica y el excelente dominio de la lengua por parte del traductor se evidencian a lo largo del trabajo, provisto de notas y de puntualizaciones de todo tipo, de la mano de uno de los mejores conocedores de Licofrón entre nosotros. También vio la luz hace más de una década, la edición a cargo de M. Fusillo, A. Hurst y G. Paduano (*Licofrone. Alessandra*, Milán, 1991) con traducción italiana, llana y fiel al texto, que, además de presentar a un Licofrón moderno y sugerente en la introducción, es cuidadosa por lo que respecta al texto escogido (págs. 53-56), a pesar de que no cuenta con el deseable aparato crítico por razones editoriales. El comentario, a cargo de M. Fusillo (págs. 153-315), es un extenso trabajo propedéutico al estudio de nuestro poema.

<sup>9</sup> «Yo suelto ya la cuerda que la calle entorpece  
 y a esta carrera lánzome de palabras oblicuas  
 desde mi arrancadero cual ágil corredor».  
 Trad. de M. Fernández-Galiano, *Licofrón...*, cit., 1987, pág. 70.

jandrinos y autor de la *Alejandra*, que el lexicógrafo bizantino tilda de poema obscuro (Ἰαλεξάνδραν, τὸ σκοτεινὸν ποίημα). Así, en la *Alejandra* todo verso, vocablo<sup>10</sup> o relato mítico (incluso me atrevería a decir el mismo tratamiento del trímetro yámbico<sup>11</sup> tradicional) esconde algún punto de obscuridad, llegando incluso a la extravagancia.

Pero quisiera proseguir en esta línea iniciada mediante la mención de una muy reciente aportación a los estudios licofronianos y, en concreto, al tema al que me vengo refiriendo. Se trata del comentario titulado *Lykophrons «Odyssee». Alexandra 648-819* de G. Schade<sup>12</sup>. El autor de este comentario analiza el segmento que Licofrón constituye como el centro de la profecía de Casandra (648-819), versos que ofrecen todo un amplio abanico de posibles estudios intertextuales, ya que la *Odisea* nos es tan accesible a nosotros como lo fue a Licofrón. En este mismo sentido, Schade señala, por ejemplo, que Licofrón, al presentarnos los episodios según el orden en que se nos presentan en la obra homérica, salta de episodio en el caso de Circe y, después, vuelve al eje del relato de la *Odisea*, con una voluntad manifiesta, en mi opinión, de manierismo «preciosista» y de romper moldes «*cum variatione*».

Por lo demás, el propio título de la obra licofronea que nos ocupa, así como cada uno de sus versos rezuman un enigma que hay que desentrañar. Casandra profetiza gestas y sucesos que se produjeron después. El futuro se hace pasado<sup>13</sup> —futuro para la profetisa, pasado para el poeta—. La joven Casandra (Alejandra) predice —por medio de un *ich-Erzählung* del mensajero<sup>14</sup>— la caída y destrucción de Troya y el retorno (νόστος) de los héroes;

<sup>10</sup> En Licofrón encontramos una verdadera mezcla de glosas raras, una gran proliferación de *hápax eireména* (que incluyen nombres propios únicos y nombres comunes —a modo de ejemplo, podría mencionar dos substantivos que aparecen en versos sucesivos, el 63 y el 64: γιγαντοράστοις, «los que abaten a los gigantes» y ἀνθοπίπτου, «del adversario armado»—), términos prestados de diferentes dialectos e, incluso, términos latinos transliterados como Γραικοί, Γραικίτης, Νεππουνίς, etc. Según un recuento realizado (cf. M. Fernández-Galiano, *Licofrón...*, cit., pág. 32), el número de rarezas lexicográficas asciende a 578 (incluyendo los *hápax* y los *proton eireména*), un dieciocho por ciento respecto al total de vocablos. Dicho con otras palabras: uno de cada cinco o seis términos es raro. Por otro lado, el griego, tan sintético *per se*, lo deviene mucho más si cabe en la *Alejandra*.

<sup>11</sup> Por lo que respecta a la métrica de nuestro poema, mencionemos los artículos de A. Del Ponte, «*Lykophronis Alexandra: la versificazione e il mezzo espressivo*», *SIFC*, LIII, 1981, págs. 101-133, y el de A. Taccone, «Il trimetro giambico dei frammenti tragici, satirici e comici dell'*Alessandra* di Licofrone», *Atti della Reale Accademia di Torino*, 1904. Por otro lado, sobre los papiros de nuestro poema es interesante el trabajo de U. Criscuolo, «Per la tradizione papiracea dell'*Alessandra* di Licofrone», *Dioniso*, LIV, 1970, págs. 72-78.

<sup>12</sup> Cf. *Lykophrons «Odyssee». Alexandra 648-819*. Übersetzt und kommentiert von Gerson Schade, Berlín/Nueva York: de Gruyter 1999 (Texte und Kommentare, 20) y la reseña de A. Hurst en *Gnomon*, LXXV, 2003, págs. 195-203.

<sup>13</sup> Cf. C. Miralles, *El Helenismo*, Barcelona, 1981, págs. 55 y ss.

<sup>14</sup> Vid. la reseña de D. Crismani (*QS*, xxxvi, 1992, págs. 197-201) de *Licofrone, Alessandra*, a cargo de M. Fusillo, A. Hurst y G. Paduano, Milán, 1991.

dicho con otros términos: la larga epopeya de las grandes civilizaciones de la cuenca del Mediterráneo. Pero sus palabras se alargan hasta la misma época del poeta, resultando, por ende, todo un verdadero poema profético. La paradoja buscada por Licofrón a lo largo de todo el poema ha sido definida como sigue: cuando la muchacha, al final del poema (versos 1451 y ss.) se lamenta de que su grito oracular será infructuoso y de que todo su esfuerzo se ha dirigido a las piedras, a las olas, al bosque (elementos que, tristemente, no quieren escuchar), el poeta está manifestando su intención de mantener el universo a distancia.

Aludamos también a los ἀνώνυμοι σποραί (nombres de oscuro linaje, poco conocidos y poco mencionados por los poetas anteriores). Así, en *Alex.* 585 y ss., se nos explica que Cefeo, el aqueo, y Praxandro, el laconio, llegan a Chipre. Es una de las rarísimas ocasiones en que se proporcionan, en el poema, los nombres propios de personajes. Curiosamente, pertenecen a esta categoría, por cuanto son de oscuro linaje y poco conocidos. Y es que, en nuestra tragedia, los personajes no son mencionados por su nombre, excepto en algunos casos concretos, como acabamos de mencionar. Héroe como Eneas, Héctor, Príamo, Paris, Diomedes no aparecen en la pieza a pesar de que las referencias son continuas. Ni siquiera Alejandro Magno ni Jerjes aparecen mencionados por su nombre, ya que nuestro poeta quiere expresarse a través de perífrasis. Por ello, ciertamente, el poeta utiliza el nombre de animales. Los dioses, a su vez, son aludidos mediante atributos o epítetos de culto. Con todo, la confusión llega a un punto tal que, tras un nombre conocido, difícilmente se esconde el personaje que se esperaría. A modo de ejemplo, puede aducirse el caso de Heracles. Licofrón se refiere a un hijo de Alejandro, que fue asesinado el 309 a.C. y no al héroe.

En consonancia con el epígrafe que encabeza nuestro trabajo, a saber, τὸ σκοτεινὸν (ποίημα), debemos señalar que el estilo de Licofrón se basa en periodos amplios, ya que el principio que caracteriza a su poema es justamente la «dilatación». Por otro lado, la lengua del texto de la *Alejandra*, que toma como base la lengua trágica, es una mezcla de dialectos, de los que toma prestado las numerosas rarezas que estos le ofrecen y los arcaísmos de la lengua poética<sup>15</sup>. Pero, además, y siguiendo su postulado de la separación con respecto a los cánones establecidos y como signo de obscuridad estilística, el poeta infringe la gramática ática, de tal modo que los mismos escolios de Tzetzes ya señalaron la libertad del poeta por lo que respecta a las palabras<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Sobre los rasgos que parten de dialectos como el eolio, el dorio y el jónico, cf. L. Bachmann, *Lycophronis Alexandra*, Leipzig, 1830, pág. 607, y J. Konze, *De dictione Lycophronis, Alexandrinae aetatis poetae*, Münster 1870, págs. 38-41 y 58-60, así como A. Hurst, *Introd.* en *Lycophrone. Alessandra*, Milán, 1991, pág. 32 y ss.

<sup>16</sup> Cf. Tzetzes, *ad* 1162, a propósito de πανταλώμεναι.

Con todo, J. Gwyn Griffiths, en una reseña<sup>17</sup> de la edición de M. Fusillo, A. Hurst y G. Paduano ya citada, enfatiza acertadamente, a mi entender, lo que St. West<sup>18</sup> ya señaló, a saber, que Licofrón no buscó «obfuscation for its own sake», y que nuestro poeta fue una «víctima de su tiempo», habida cuenta de la presión del clima literario en que vivió, a pesar, claro está, de la elección siempre personal, deliberadamente presente en la *Alejandra*.

Hallamos en la *Alejandra* una profusa acumulación de adjetivos, de relativos o de participios que nos hacen perder, frecuentemente, el hilo narrativo (extensas digresiones, como la de los versos 494-585<sup>19</sup>), aunque proporcionan documentación abundante y datos de todo tipo. Por otro lado, con la acumulación de atributos —recurso típicamente licofroneo— se evita la monotonía sobre el tiempo verbal esperado en una larga profecía (como es, en esencia, el poema que nos ocupa), a saber, el futuro de indicativo.

Otro rasgo característico de la poesía licofronea, al que ya hemos aludido *supra*, es el recurso a la «adivinanza»<sup>20</sup>. Concretamente, Licofrón hace un uso casi abusivo de lo que podríamos denominar, parafraseando la expresión acuñada por M. Fernández-Galiano<sup>21</sup>, el *bestiario simbólico*, que nuestro poeta tomó prestado a la fábula animalística<sup>22</sup>. Así, encontramos representaciones metafóricas muy complejas y enigmáticas («... las metáforas implican el enigma», según el mismo Aristóteles, *Rh.* 1405 b 3-5), además de símiles introducidos por las conjunciones ὡς (en los versos 293 y 790, por ejemplo) o bien οἶα (en el 121 y el 387). Conviene señalar, sin embargo, que las metáforas utilizadas no son apositivas sino predicativas (*vid.* v. 357: τῆμος βιαίως φάσσα πρὸς τόργου λέχος, «seré arrastrada por la fuerza, como una paloma, al nido del buitre»). Licofrón utilizó profusamente metáforas «directas», es decir, aquellas en las que el símbolo ocupa el lugar de la persona o de la cosa simbolizada —«lloro por los dos ruseñores» (Laódice y Polixena); «...hasta que el león (Heracles) imploró a Zeus...», etc.— Con todo, frecuentemente encontramos verdaderas confusiones en estas metáforas zoológicas y, por ende, dos animales pueden llegar a confluir en una misma persona, como en los versos finales (1435-1450) de la *Alejandra*.

Pero insistamos en el análisis de otros enigmas oscuros que rezuma la *Alejandra*. Así, los versos 1-30 y 1461-1474 de la *Alejandra* pertenecen al guar-

<sup>17</sup> Cf. *Gnomon*, LXVIII, 1994, 449-451.

<sup>18</sup> Cf. *CQ*, xxxiii, 114.

<sup>19</sup> Cf. K. Ziegler, *Lykophron*, RE, 13, 1927, col. 2344 y ss.

<sup>20</sup> La adivinanza como tal contaba con una larguísima tradición que remontaba a los Siete Sabios y, en la época en la escribió nuestro poeta, con ejemplos en los *technopaígnia* y en los epigramas helenísticos.

<sup>21</sup> Cf. M. Fernández-Galiano, *Licofrón...*, cit., pág. 37 y ss.

<sup>22</sup> Efectivamente, más de sesenta nombres de animales constituyen el *bestiario* licofroneo.

dián, y el resto, una larga ῥῆσις ἀγγελικὴ o narración transmitida literalmente, a Alejandra, a pesar de estar en boca del mismo guardián. Sin embargo, conviene señalar que el lenguaje del guardián es tan oscuro como el de la profetisa Casandra<sup>23</sup>. Y volviendo a la estructura, diré que, dentro del núcleo esencial del poema (lo que se ha denominado segundo nivel), hay que distinguir entre la profecía (31-1450) y el lamento de Alejandra por ella misma y por sus conciudadanos, que no la escuchan (1451-1460).

En sus trímetros yámbicos<sup>24</sup>, Licofrón consigue sacar partido a las ventajas que ofrecía el monólogo trágico, aunque no parece lógico designar como tragedia a la *Alejandra*, ya que le faltan rasgos esenciales. En cuanto a la cuestión espinosa del cariz del personaje, esto es, Alejandra, únicamente es mencionada en una ocasión en el poema (v. 30: τοιῶνδ' ἀπ' ἄρχῆς ἤρχ' Ἀλεξάνδρα λόγων), aunque a lo largo de la obra nos enteramos de muchos datos de cariz diverso en torno a su linaje y a sus peripecias míticas. Así, entre otras, que es bisnieta de Ilo (319, 1341-1345), hija de Príamo y de Hécuba (versos 315, 452, 468, 1174), hermana de Héctor (264, 280, 1189), antepasada de Eneas y de los romanos (1226 y ss.), esclava y concubina de Agamenón, con quien muere a manos de Clitemnestra (1108-1119), etc. Por lo demás, la elección de un nombre tan enigmático como el de «Alejandra», en vez del más conocido y frecuente de «Casandra» puede obedecer al cariz profético de la obra buscado en todo momento por Licofrón; además, sus motivos de identificación seguramente haya que rastrearlos en el culto<sup>25</sup>.

En torno al núcleo del poema, a saber, el *nóstos* o retorno de Ulises, se disponen simétricamente dos segmentos de versos (los 31-364 y 1089-1450, respectivamente), relativos al tema troyano, esto es, el tema de la caída de Troya y las consecuencias de esta. El mismo K. Ziegler<sup>26</sup> y más recientemente todavía L. Mascialino<sup>27</sup> han abordado la artificiosidad y la correspondencia de las partes constituyentes de la obra, intentando plasmar una posible estructura narrativa, ciertamente equilibrada. Pues bien, al margen de la posible exactitud formal en el reparto del número de versos en el poema, lo cierto es que el prólogo y el epílogo tienen aproximadamente una extensión casi semejante: lo mismo sucede con los vaticinios. Además, la posición cen-

<sup>23</sup> Cf. A. Hurst, *Licofrone. Alessandra...*, cit., introd., pág. 29, que cita una observación de U.V. Wilamowitz, *Hellenistische Dichtung der Zeit des Kallimachos*, Berlín, 1924, vol. 2, pág. 147, n. 2: «Der Bote redet nicht anders als Kassandra».

<sup>24</sup> Por lo que respecta al metro utilizado por Licofrón en su *Alejandra* y en otras obras fragmentarias suyas, cabe decir que se decantó por el metro yámbico, como otros poetas satíricos griegos (Herodas, Fénix de Colofón, etc.).

<sup>25</sup> Cf. J. Davreux, *La légende de la prophétesse Cassandre d'après les textes et les monuments*, Lieja, 1942, pág. 88 y ss.

<sup>26</sup> Cf. K. Ziegler, *Lykophron*, RE, 13, 1927, col. 2328-2332.

<sup>27</sup> Cf. L. Mascialino, *Licofrón, Alejandra...*, introd. xxiii-xxvii.



tral (vv. 648-819) de los *nóstoi*, tildados de *Odissea licofroniana* por A. Hurst<sup>28</sup> y de *Lykophrons «Odyssee»*, por el más reciente trabajo ya citado de G. Schade<sup>29</sup>, hace que el suicidio de las Sirenas (vv. 712-737) esté ubicado en el centro mismo de la *Alejandra*, con relatos de orígenes (ἀρχαία), tan del gusto alejandrino. También, el hecho de que el último vocablo de los oráculos vaticinados por Alejandra (v. 1460) sea χελιδόνα («golondrina»), hace que nuestra profetisa resulte un verdadero «signo precursor» de un futuro muy ambiguo.

3. Paso a continuación a abordar la comparación, mediante el estudio de unos versos concretos y del análisis del término δέμας (escogido como vocablo paradigmático, entre otros muchos), del arte verbal de Licofrón de Calcis con el de Euforión. Ambos son poetas helenísticos coetáneos en mayor o menor medida y con una poética, como veremos, semejante. Y comenzaré con una pregunta concreta a modo de punto de partida: ¿Imitó Licofrón a otros poetas helenísticos, como Euforión (también tildado de *obscurus*), Calímaco, Teócrito o los tecnopegnistas Dosíadas, Simias, etc., o fue, en cambio, imitado por ellos? En realidad, este es uno de los temas más difíciles de verificar, muy relacionado con la fecha de composición de la *Alejandra*<sup>30</sup> y del nacimiento y muerte de nuestro autor<sup>31</sup>. En este mismo sentido, cabe señalar

<sup>28</sup> Cf. A. Hurst, *Licofrone. Alessandra...*, introd. 30.

<sup>29</sup> Cf. G. Schade, *Lykophrons «Odyssee». Alexandra 648-819...*, cit.

<sup>30</sup> Por lo que respecta a la fecha de redacción de la *Alejandra*, tenemos una interesante *mise au point* del problema, con discusión, en el trabajo de A. Hurst, «Sur la date de Lycophron», *Cahiers d'Archéologie Romane*, v, 1976, págs. 231-235, con argumentaciones que reaparecen en su introducción a su edición ya mencionada (*Licofrone. Alexandra*, Milán, 1991, págs. 9-52). También, y sobre el mismo tema, son importantes las aportaciones de W.N. Bates, «The Date of Lycophron», *HSPH*, vi, 1895, págs. 75-82, de W. Rollo, «*Quo tempore Lycophron Alexandram composuerit?*», *Mnemosyne*, lvi, 1928, y de E. Ciaceri, *La Alexandra di Licofrone*, Catania, 1901. En cuanto a la posibilidad de un único Licofrón pero, al mismo tiempo, de posibles interpolaciones en la *Alejandra*, son decisivos los argumentos esbozados por P.M. Fraser, «Lycophron on Cyprus», *Report of the Department of Antiquities Cyprus 1979*, Nicosia, 1979, págs. 328-343, y S. West, «Notes on the Text of Lycophron», *CQ*, xxxiii, 1983, págs. 114-135, e *id.*, «Lycophron Italicised», *JHS*, civ, 1984, págs. 127-151. Por otro lado, para situar a Licofrón a comienzos del siglo III a.C. han sido muy oportunos los dos artículos de Ch. Picard, «Un cénacle littéraire hellénistique sur deus vases d'argent du Trésor de Berthouville-Bernay», *Monuments Piot*, xliiv, 1950, págs. 53-82, y «Du nouveau sur Lycophron et sur son Ménédemos d'après les monuments figurés», *Actes du Premier Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Études Classiques*, París, 1951, págs. 191-196. Con todo, muchos de los argumentos de C. von Holzinger (*Lykophron's Alexandra*, Leipzig, 1895) continúan siendo muy actuales para postdatar la tarea desarrollada por nuestro poeta a la muerte de Demetrio, a saber, hacia el 283 a.C.

<sup>31</sup> El problema de la fecha de nacimiento de Licofrón se encuentra estrechamente relacionado con la tesis según la cuál hubo dos Licofrones: uno, el autor de la *Alejandra*, del siglo III a.C., y otro, del siglo II a.C., que celebró las gestas de Tito Q. Flaminio, conquistador romano de Grecia. Con todo, los filólogos actuales dan por poco fehaciente y rechazable la existencia de un Licofrón del siglo III a.C. conocedor de los problemas de Roma. Concretamente, en la actualidad, vuelve a prevalecer la tesis tradicional unitarista de un único Licofrón

que, en un breve aunque enjundioso artículo reciente, H. White<sup>32</sup>, analiza la interpretación de la expresión μεθ' ἔκτῃν γένωναι en el v. 1446, por la que, en mi opinión, se resuelven muchos problemas que atañen a la fecha de la *Alejandra* de Licofrón. También, a modo de ejemplo, el mismo Wilamowitz<sup>33</sup> deducía a partir de *Aetia* 1, fr. 37 Pf. que Calímaco, mientras componía sus *Aetia*, leía la *Alejandra*, o también, que Dosíadas se inspiró en Licofrón, según parece sugerir el Βωμὸν α' 11. Con todo, aquí me interesa resaltar únicamente el común *humus* cultural y la similitud de diferentes temas y mitos mencionados en obras coetaneas, que nos hacen colegir una interrelación de predilecciones por la poesía difícil, oscura y enigmática.

Toda la obra licofronea trasluce alusiones geográficas y, sobre todo, mitológicas, todas ellas insertadas en lo que venimos denominando el «enigma», elemento principal de la *Alejandra* y de otras composiciones de época helénística, como los ya mencionados *Aetia* de Calímaco, algunos pasajes de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas o los poemas fragmentarios de Euforión<sup>34</sup>. Precisamente de este *poeta doctus* de Calcis nos consta que fue, como Licofrón, una verdadera autoridad en el ámbito geográfico («Es ist wohl nicht zufällig, dass ihn niemand häufiger als Stephanus Byz. zitiert», señaló con acierto P. Corssen<sup>35</sup>, aduciendo la frecuente cita de Esteban de Bizancio acerca de algunos topónimos o gentilicios euforioneos.). Efectivamente, las características de la narración de todos estos poetas (y más en concreto, Licofrón y Euforión) está basada en la mención escalonada de datos geográficos, de digresiones o de *aitia* de todo tipo, aunque, a veces, algunas pequeñas *variationes* «metamorfosean» todavía más el hilo narrativo: juegos de palabras, numerosos *paignia* verbales, etc. Su *maniera* poética tiene mucho que ver, pues, con la filología y con la erudición<sup>36</sup>.

Por lo demás, quiero resaltar unos versos de la *Alejandra* que pueden ayudarnos a entender mejor el grado de barroquismo que evidencia el poema

(cf. e.g., A. Hurst, «Sur la date de Lycophron», en los *Mélanges d'histoire ancienne et d'Archeologie offerts à Paul Collart*, Lausana, 1976, págs. 231-235), aunque haya que ignorar o menospreciar el enigma que supone leer el verso 1.446 de la *Alejandra* —alusión manifiesta a la sexta generación y al imperio romano, y a la identidad del luchador del verso siguiente, a saber, el 1.447.

<sup>32</sup> Cf. H. White, «An interpretative problem in Lycophron's *Alexandra*», *Habis*, xxviii, 1997, págs. 49-51.

<sup>33</sup> Cf. U. Von Wilamowitz, *De Lycophronis Alexandra commentatiuncula*, Greifswald, 1883, pág. 12.

<sup>34</sup> Vid. J.A. Clúa, *Euforión, Poemes i fragments*, Barcelona (Fundació Bernat Metge), 1992 (cf. esp. introd. pág. 10 y s.).

<sup>35</sup> Cf. P. Corssen, «Die epischen Gedichte des Euphorion», *Philologus*, lxxii, 1913, pág. 462 y ss.

<sup>36</sup> Sus cánones estéticos y literarios se basan, muy frecuentemente, en el *conflare* (συντιθέ-ναι), a saber, en la combinación de leyendas míticas, en la elaboración de una literatura basada en literatura. En ningún momento olvidan el principio del arte alusiva.

y de la alusión estaciana a las *latebrasque Lycophronis atri* ya mencionada, en parangón con otros tratamientos del mismo tema, como, por ejemplo, la narración euforionea en un espacio tan escaso de tres versos. Me refiero al episodio o mención de las doncellas lócrides de Atenea Ilia (vv. 1155-1160). En efecto, el último de los fragmentos de la edición de Euforión a cargo de L.A. de Cuenca (fr.79 = fr. 82 Clúa), considerado *incertum* en ocasiones, hace referencia a la *pompe* o envío que hacían los locrios al templo de Atenea Ilia (Tróade) de jóvenes doncellas destinadas a expiar el delito cometido por Áyax, hijo de Oileo, en el momento de la toma de Troya, a saber, el haber intentado violentar a Casandra (Alejandra), hija de Príamo. La mayoría de las versiones coinciden en señalar que la culpa de Áyax, tras su muerte, víctima de la venganza de Atenea, recayó sobre sus compatriotas, los locrios, quienes, para apaciguar la cólera divina —que se traducía en epidemias y en funestas cosechas— se vieron en la perentoria necesidad de enviar a Troya dos (¿o más?<sup>37</sup>) doncellas escogidas por sorteo (κλήρω).

Pues bien, Licofrón dedica incluso cinco versos para describir únicamente el porvenir de las jóvenes doncellas, cuando hayan envejecido y fallecido. Explicaciones barrocas y repletas de dramatismo exuberante como las siguientes: «tumba sin honor que las olas sobre la playa borrarán / hasta que, sobre estériles maderas, apretando sus miembros con la llama, / Hefesto disperse la ceniza por las olas/ de aquella que será precipitada desde las cimas del Trarón.../...». Cinco versos para indicar solamente que, según una versión del mito, la doncella que moría no era enterrada cerca de los troyanos, sino quemada con madera salvaje, y sus huesos eran lanzados al mar<sup>38</sup>.

El fragmento euforioneo<sup>39</sup> reza así (fr. 79 de Cuenca = fr. 82 Clúa):

<sup>37</sup> Recientemente, H. White, «Textual problems in Lycophron», *QUCC*, N.S. 66, n. 3, 2000, págs. 125-131, apunta que Licofrón narró la leyenda de las doncellas lócrides de un modo alusivo y que no mencionó el hecho de que fueran dos las doncellas involucradas, puesto que asumía que los hechos de la leyenda serían conocidos ya para el lector.

<sup>38</sup> Sobre las relaciones entre los poetas Licofrón de Calcis y Euforión de Calcis pueden verse los trabajos de G. Knaack, «Euphorionea», *JClPh*, cxxxvii, 1888, págs. 145-153; G. Schultze, *Euphorionea*, Estrasburgo, 1888, cap. 1º; también sobre la relación y el lugar que ocupa Euforión entre las poéticas de Calímaco y de Licofrón, véase B.A. van Groningen, *La poésie verbale grecque. Essai de mise au point*, Amsterdam, 1953 (cap. II: *Euphorion et Parthénios*, págs. 21-56).

<sup>39</sup> Estos versos, transmitidos por Plutarco (*De sera num. uind.* 577 D), pertenecen a las *Qui-líades* conjeturalmente desde que Toup (*Epist. crit.* págs. 162-163, citado por L.A. de Cuenca, *Euforión de Calcis. Fragmentos y epigramas*, Madrid, 1976, pág. 179) los atribuyó a aquel poema. E. Thrämer («Euphorion bei Plutarch», *Hermes*, xxv, 1890, págs. 55-61) ratificó esta adscripción y E. Manni («Le Locridi nella letteratura del III sec. a.C.», *Miscellanea Rostagni*, Turín, 1963, págs. 166-179) ya la dio por sobreentendida. Contrariamente, P. Vidal-Naquet («Las esclavas inmortales de Atenea Ília», en *El cazador negro*, Barcelona, 1983 (*Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, París, 1981), págs. 224-241), R. Pfeiffer (*ad Callim.* fr.35) y P. Lévêque («Euphorion, la reine et les rois», *REG*, lxxi, 1958, págs. 433-435), entre otros, han puesto en duda la verosimilitud de esta adscripción.

Αἶ καὶ ἀναμπέχονοι γυμνοῖς ποσὶν ἤυτε δοῦλαι  
 ἦοῖαι σαίρεσκον Ἀθηναίης περὶ βωμῶν  
 νόσφι κρηδέμιοιο, καὶ εἰ βαρὺ γῆρας ἱκανοί.

que podemos traducir como sigue:

«Sin manto, descalzas, como esclavas,  
 solían limpiar, al alba, el espacio en torno al altar de Atenea  
 con la cabeza descubierta, aun cuando llegaran a la gravosa vejez».

El envejecimiento de las doncellas lócrides es, pues, uno de los puntos sobre los que insisten Licofrón, que en el verso 1154 utiliza la forma γηροβοσκοῦσαι κόρας («alimentando, sosteniendo a las jóvenes hasta la vejez<sup>40</sup>»), y Euforión, que se refiere a la penosa vejez con una expresión más corriente (καὶ εἰ βαρὺ γῆρας ἱκάνοι...). El artificio y el *páthos* de esta y de anteriores expresiones mencionadas de Licofrón es evidente y no hay que insistir más en ello. Sin embargo, es interesante señalar que Euforión y Licofrón sean solamente quienes se refieran<sup>41</sup> a una muerte por vejez y no por lapidación, como evidencian ciertos textos, o por accidente. No hemos de olvidar que Licofrón, como Euforión, era un nativo de Calcis y que, por tanto, ambos compartieron un mismo *humus* cultural y en cierta medida estético. Incluso A. Momigliano<sup>42</sup> adelanta a comienzos del siglo III a.C. (y no a comienzos del siglo II a.C.) la *Alejandra* de Licofrón, con lo que tendríamos una época de composición mucho más cercana a la de los poemas euforioneos. Por lo que respecta al mito de las Lócrides<sup>43</sup>, posiblemente sea cierto el parecer de E. Manni<sup>44</sup>: «... Licofrone è il primo fra i tre poeti da noi esaminati che si sia occupato delle Locridi. Callimaco scrive fra il 275 e il 270; Euforione fra il 256 e il 246».

La poética de Licofrón, así como la de Euforión, se caracteriza, como ya he destacado, por violentas antítesis; ambos autores se deleitan con la belleza sensual de las cosas y se complacen en describirlas con el detalle de un

<sup>40</sup> A nuestro entender, no se trata de un participio referido a las κόραι, como deja entrever P. Vidal-Naquet (*ibidem*, pág. 237). Más bien cabe entender que este participio va referido a las anteriores ἀγυῖα Λοκρῶν καὶ Πυρωναῖαι (v. 1149).

<sup>41</sup> También Eliano, *Hist. Var.* fr. 47 II.

<sup>42</sup> Cf. A. Momigliano, «The Locrian maidens and the date of Lycophron's *Alexandra*», *CQ*, xxxix, 1945, págs. 49-53.

<sup>43</sup> Conocemos muchos ejemplos de vasallaje religioso y de pagos de tributos humanos. Con solo repasar la obra antropológica de L. Gernet, *Anthropologie de la Grèce antique*, París, 1968 (trad. cast. Madrid, 1980, pág. 173 y ss.) nos percatamos al punto de cómo algunas ciudades griegas se comprometían a enviar anualmente víctimas a divinidades de otras ciudades o dejaban frecuentemente de pagar el tributo (recuérdese, por ejemplo, el asunto religioso entre Epidaurio y Atenas a propósito de la madera del olivo sagrado...).

<sup>44</sup> Cf. E. Manni, *ibidem*, pág. 178.

miniaturista y con un lenguaje exuberante, a pesar de que también saben adentrarse, en ocasiones, en los más profundos misterios del patetismo. Sin embargo, lo que diferencia ambas poéticas es el grado o intensidad en la expresión. Las imágenes elocuentes, barrocas y un tanto angustiosas que acabamos de ver en torno a las lócrides, ilustran bien la *maniera* poética de aquellos escritores eruditos. La intensidad patética, las dimensiones del poema y el cariz más o menos arcano de las respectivas descripciones contraponen ambos poemas, ambas maneras de hacer poesía.

A pesar de la frialdad preciosista de Licofrón, el lector constata desde los primeros versos —tal como han hecho muchos de sus exégetas— que fue una poesía de una finura extrema y no privada de verdadera inspiración. Una poesía, como la de Euforión —también poeta difícil y alejandrino, a pesar de ser, ciertamente, menos barroco— muy valiosa para la comprensión de las imitaciones desde Catulo hasta Ovidio<sup>45</sup>.

Pero, además, para enfatizar mejor lo que vengo diciendo sobre la semejanza entre ambas poéticas, paso a referirme, entre otros, al término paradigmático δέμας (no en la acepción de «elegante» sustituto del pronombre reflexivo, tal como aparece en Eurípides<sup>46</sup>) sino en la de «cuerpo», tal como leemos en Homero (*Od.* x 240) o en Píndaro (*O.* i 20). Pues bien, dicho vocablo, según datos proporcionados por el *T.L.G.*, aparece profusamente (*cf.* versos 41, 55, 66, 75, 160, 266, 351, 487, 689, 826, 1.080, 1.113 y 1.315) y siempre en posición final. Por ello, en el texto de Licofrón, en donde no se da la repetición formularia de versos característica de la cultura oral, se puede colegir una voluntad manifiesta de imitación de dicha repetición homérica, aunque en muchos casos, como hemos demostrado en otro lugar<sup>47</sup>, *cum variatione*, con *polyptoton* o mediante el empleo de sinonimia, de perífrasis y/o paronomasia. No así tan profusamente en Euforión ni mediante tantos mecanismos «preciosistas» o «barroquizantes» como en Licofrón, aunque también se pueda tildar propiamente a Euforión de seguidor del principio de la *imitatio cum variatione*. Todo ello, claro está, sin obliterar el estado fragmentario de la obra de Euforión, que no nos permite hacer estudios estadísticos con tanta fiabilidad.

4. Para concluir estas notas, quisiera señalar que un poeta como Licofrón, que abarcaba el máximo de erudición y el hecho de que ésta fuese lo

<sup>45</sup> Cf. L. Mascialino, «Eneas y Roma en Licofrón y en Virgilio», *Helmantica*, xxii, 1982, págs. 401-405; I.E.M. Edlung, «The Sacred Geography of Southern Italy in Lykophron's *Alexandra*», *Opuscola Romana*, xvi, 1987, págs. 43-49.

<sup>46</sup> Cf. por ejemplo κρύπτειν δέμας, «ocultarse uno mismo», en *Al.* 468 o en *Híp.* 131. Baso mi información en el comentario oxoniense de W.S. Barrett (*Euripides, Hippolytos*, pág. 187).

<sup>47</sup> Cf. J.A. Clúa, «Lycophronea», *cit.*, págs. 360-362.

más enigmática posible, forzosamente había de dejar una huella imborrable en las literaturas modernas. Efectivamente, nuestro poeta fue punto de referencia inexcusable en creaciones tan modernas como el cultismo, el gongorismo, el simbolismo o, incluso, el surrealismo. No es fruto del azar que «la *Pléiade* francesa, los eufuistas, los marinistas vieran en Licofrón un predecesor y lo frecuentaran minuciosamente y que Escalígero trasladara la *Alejandra* a yambos latinos tan arduos como los originales griegos»<sup>48</sup>. Pero, además, uno de los ocho grandes invitados al *postluch* del *Almanach Surréaliste du Demi-Siècle*<sup>49</sup> fue Licofrón. Y entre los seguidores de Licofrón cabe mencionar a Ugo Foscolo, que parece recordar la *Alejandra* en sus últimos versos de su poema *Dei Sepolcri*. Al mismo tiempo, en sus *Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar<sup>50</sup> imaginó al emperador helenófilo escuchando con verdadera pasión la lectura de la *Alejandra*, extraño poema rico en enigmas y en asonancias hechizadoras. Finalmente, y a modo de ilustración de las reminiscencias y de los ecos de nuestro poema, cabe decir que Christa Wolf, en su *Kassandra*, ha presentado un nuevo monólogo de Casandra a manera de recuerdo de la guerra de Troya, que la profetisa revive en su pensamiento pocos instantes antes de su muerte. Hoy en día todavía nos es gozoso el acercarnos a la *Alejandra* con un renovado interés, a veces movidos por la búsqueda de nuevas variantes de versiones míticas, o, incluso, hechizados por el mensaje psicoanalítico o por el elenco inmenso de palabras raras y de expresiones metafóricas, oscuras, en definitiva. Con todo, lo cierto es que, desde hace poco más de un siglo, el gusto por la expresión oscura y arcaica en literatura ha transformado nuestros hábitos y ha vencido nuestra inercia para movernos e inducirnos a buscar nuevas fronteras de «poesía verbal», de lenguaje poético (las obras de St. Mallarmé, J. Joyce, E. Pound<sup>51</sup>, etcétera).

<sup>48</sup> Cf. L. Mascialino, *Licofrón. Alejandra*, Barcelona, 1956, introd. XLIV.

<sup>49</sup> Cf. *La Nef*, LIII-LIV, 1950, págs. 57-61.

<sup>50</sup> Marguerite Yourcenar no ha dudado en incluir dos párrafos de la *Alejandra* en sus traducciones del griego aparecidas con el título *La couronne et la lyre*, París, 1979, págs. 334-336. Sobre esta y otras cuestiones de tradición clásica, vid. A. Hurst, *Introduzione...*, pág. 47 y ss. de su edición *Licofrone. Alessandra*, Milán, 1991.

<sup>51</sup> Cf. J.A. Clúa Serena, «Calímaco, Propertio y Ezra Pound (*Homage to Propertius*)», *AEF*, XXIV, 2001, págs. 95-106, en el que abarco el tema de la traducción/*logopoeia* del modelo properciano y la relación entre Pound y la literatura clásica.